

**DOMINGO III DE PASCUA (B)**  
**Homilía del P. Emilio Solano, monje de Montserrat**  
**15 de abril de 2018**  
**Hch 3, 13-15, 17-19/ 1Jn 2, 1-5a / Lc 24, 35-48**

Hermanos.

Los evangelios de este tercer domingo de Pascua narran las primeras apariciones de Jesús, poco después de la Resurrección. El texto que hemos escuchado hacía referencia al episodio de los discípulos que caminaban hacia Emaús.

Los llamados discípulos de Emaús se encontraban desconcertados. Sienten la ruptura de una experiencia idílica con Jesús, caminan hacia una "nada" sintiéndose frágiles, huérfanos y desesperados.

Es una situación que quizás nos sea cercana. También en nosotros pueden surgir interrogantes similares, al volver decepcionados de muchos panoramas que se nos presentan en la vida corriente como fantásticos... y resulta que eran ruinosos.

¿Se dirige nuestra cultura hacia un bienestar permanente y duradero o sólo a corto plazo? ¿Dónde está el Señor resucitado? ¿Ya le dejamos caminar a nuestro lado? ¿No estaremos dibujando una sociedad a nuestra medida sin contar con la resurrección del Señor?

Una vez más el evangelio nos invita a desear el encuentro con el Señor. No porque nos resuelva de un santiamén nuestras peticiones o inquietudes. Sino que el evangelio nos ayudará a que seamos capaces de reconocer al Señor allí donde nos encontramos, descubriendo que la presencia de Dios lo llena todo. No se trata de esperar signos extraordinarios, sino de creer la palabra del evangelio que hemos escuchado: «él mismo se presentó en medio de ellos».

Efectivamente. Jesús resucitado está presente en medio de los suyos, en medio de su Iglesia. Está presente en los sacramentos: es Él quien bautiza, es Él quien perdona los pecados... Está presente de manera especial en la Eucaristía, entregándose por amor a cada uno con su poder infinito. Está presente en los hermanos, sobre todo en los más pobres y necesitados. Está presente en la autoridad de la Iglesia... La vida cristiana no consiste en vivir unas ideas, por bonitas que fueran. El cristiano vive de una presencia que lo llena todo: la presencia viva de Cristo resucitado. Y el tiempo litúrgico de Pascua nos ofrece la gracia para captar más intensamente esta presencia, para acogerla sin condiciones, para vivir de ella.

Si tuviéramos el corazón limpio, contemplar una flor o un insecto bastaría para elevarnos a las alturas de la mística. El problema no es que Dios esté ausente, sino que tenemos la vista fija en nuestro ombligo, en nuestras apetencias y nuestros egoísmos interesados, y no somos capaces de ver que absolutamente todo lo que hay a nuestro alrededor es un reflejo de la belleza de Cristo.

Pidamos que la intercesión de la Virgen María nos ayude a confiar en el Señor, que a sus apóstoles «les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras».